



Palabra Dominical

III Domingo de Pascua

Antífona de entrada

Sal 65, 1-2

Aclama a Dios, tierra entera. Canten todos un himno a su nombre, denle gracias y alábenlo. Aleluya.
Se dice Gloria.

Oración Colecta

Dios nuestro, que tu pueblo se regocije siempre al verse renovado y rejuvenecido, para que, al alegrarse hoy por haber recobrado la dignidad de su adopción filial, aguarda seguro su gozosa esperanza el día de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo ...

Ustedes dieron muerte al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 3.13-15.17-19



En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien ustedes entregaron a Pilato, y a quien rechazaron en su presencia, cuando él ya había decidido ponerlo en libertad. Rechazaron al santo, al justo, y pidieron el indulto de un asesino; han dado muerte al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos y de ello nosotros somos testigos.

Ahora bien, hermanos, yo sé que ustedes han obrado por ignorancia, de la misma manera que sus jefes; pero Dios cumplió así lo que había predicho por boca de los profetas: que su Mesías tenía que padecer. Por lo tanto, arrepíentanse y conviértanse para que se les perdonen sus pecados". **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

Salmo responsorial

Del Salmo 4

R. En tí, Señor, confío. Aleluya.

Tú que conoces lo justo de mi causa, Señor, responde a mi clamor. Tú que me has sacado con bien de mis angustias, apiádate y escucha mi oración, **R.**

Admirable en bondad ha sido el Señor para conmigo, y siempre que lo invoco me ha escuchado; por eso en él confío. **R.**

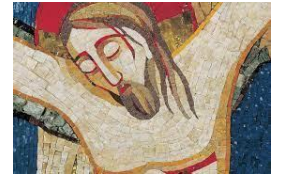
En paz, Señor, me acuesto y duermo en paz, pues sólo tú, Señor, eres mi tranquilidad. **R.**

Cristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados y por los del mundo entero.

De la primera carta del apóstol san Juan: 2, 1-5

Hijitos míos: Les escribo esto para que no pequen. Pero, si alguien peca, tenemos como intercesor ante el Padre, a Jesucristo, el justo. Porque él se ofreció como víctima de expiación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero.

En esto tenemos una prueba de que conocemos a Dios: en que cumplimos sus mandamientos. Quien dice: "Yo lo conozco", pero no cumple sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero en aquel que cumple su palabra, el amor de Dios ha llegado a su plenitud, y precisamente en esto conocemos que estamos unidos a él. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**



Aclamación antes del Evangelio

Lc 24, 32

R. Aleluya, aleluya.

Señor Jesús, haz que comprendamos la Sagrada Escritura. Enciende nuestro corazón mientras nos hablas. R.

Está escrito que Cristo tenía que padecer y tenía que resucitar de entre los muertos al tercer día.



Del santo Evangelio según san Lucas: 24, 35-48

Cuando los dos discípulos regresaron de Emaús y llegaron al sitio donde estaban reunidos los apóstoles, les contaron lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Mientras hablaban de esas cosas, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Ellos, desconcertados y llenos de temor, creían ver un fantasma. Pero él les dijo: "No teman; soy yo. ¿Por qué se espantan? ¿Por qué surgen dudas en su interior? Miren mis manos y mis pies. Soy yo en persona. Tóquenme y convézanse: un fantasma no tiene ni carne ni huesos, como ven que tengo yo". Y les mostró las manos y los pies.

Pero como ellos no acababan de creer de pura alegría y seguían atónitos, les dijo: "¿Tienen aquí algo de comer?". Le ofrecieron un trozo de pescado asado; él lo tomó y se puso a comer delante de ellos.

Después les dijo: "Lo que ha sucedido es aquello de que les hablaba yo, cuando aún estaba con ustedes: que tenía que cumplirse todo lo que estaba escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos".

Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras y les dijo: "Está escrito que el Mesías tenía que padecer y había de resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se había de predicar a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la necesidad de volverse a Dios para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de esto". **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Invoquemos a Cristo, triunfador del pecado y de la muerte, que siempre intercede por nosotros

Después de cada petición diremos (cantando): **Jesús resucitado, escúchanos.**

- ✓ Para que la Iglesia dé siempre testimonio de renovación, de diálogo, de desprendimiento de todo poder. **Oremos**
 - ✓ Para que el Papa emérito, Benedicto XVI, goce de salud y de las bendiciones de Dios al celebrar su cumpleaños 94. **Oremos**
 - ✓ Para que todos los que participan de la catequesis en nuestra parroquia crezcan día tras día en el camino de la fe, la esperanza y el amor. **Oremos**
 - ✓ Para que los monjes y monjas, y los religiosos y religiosas, vivan con mucha fe y esperanza su vocación. **Oremos**
 - ✓ Para que los gobernantes de las naciones actúen para dar una salida digna a los millones de hombres y mujeres, niños y ancianos que malviven en campos de refugiados en el mundo entero. **Oremos**
 - ✓ Para que todos nosotros seamos, con nuestra palabra y nuestra manera de vivir, testigos de Jesús resucitado. **Oremos**
- Señor Dios, que con la muerte gloriosa de tu Hijo, has puesto el fundamento de la reconciliación y la paz, escucha las oraciones de tu Iglesia y haz de nosotros signo y levadura de una humanidad nueva, pacificada por tu amor. Por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina, inmortal y glorioso, por los siglos de los siglos.**

Oraación sobre las Ofrendas

Recibe, Señor, los dones que, jubilosa, tu Iglesia te presenta, y puesto que es a ti a quien debe su alegría, concédele también disfrutar de la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión

Lc 24, 46-47

Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y que, en su nombre, se predicara a todos los pueblos el arrepentimiento para el perdón de los pecados. Aleluya.

Oraación después de la Comunión.

Dirige, Señor, tu mirada compasiva sobre tu pueblo, al que te has dignado renovar con estos misterios de vida eterna, y concédele llegar un día a la gloria incorruptible de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Reflexión



En el pasaje del libro de los Hechos de los Apóstoles que se nos propone en este tercer domingo de Pascua, Pedro hace un resumen perfecto del mensaje Pascual del que él mismo se presenta como testigo. No habla de lo que otros le han contado, sino de lo que él mismo ha visto y ha experimentado. Esto es muy importante para el hombre de fe, el fundamento de nuestra creencias no debemos ponerlo en lo que otros nos han dicho, sino en lo que yo he descubierto, la medida de mi fe está en lo que yo he sido capaz de descubrir y de vivir, la profundidad de la misma la da el hecho de que yo haga mío lo que creo, de que no haga las cosas porque siempre se han hecho así, sino porque estoy convencido de que son así. Y el discurso termina con la llamada a la conversión. La respuesta al anuncio de la resurrección no puede ser otra que la conversión. La escucha del mensaje cristiano se concreta en el arrepentimiento y la conversión. Si se acepta a Jesús, si creemos en Él, si aceptamos su

resurrección, nuestra meta es clara, llevar a la práctica lo que eso conlleva, convertirnos de las cosas malas que hay en nosotros y ser mejores en lo que hacemos a diario.

San Juan, en su carta, nos confirma esta realidad, si hay alguno que dice, "Yo le conozco" o sea creo en Él, pero no hace lo que él dice, es un mentiroso, la verdad no está en Él. O sea, tiene que haber una correlación entre lo que creo y lo que hago, entre lo que creo y lo que practico.

Esta actitud de conversión permanente, no está reñida con la aceptación de lo que son nuestros fallos, y nuestros pecados más comunes. El que yo aspire a la conversión no quiere decir que sea bueno, no quiere decir que yo no tenga defectos. Por eso me extraño mucho y no entiendo, cuando algunas personas, en plan de acusación dicen, seguro que lo han oído "y tú como haces esto y vas mucho a la Iglesia", como extrañándose de ciertas conductas. Y es que el



venir a la Iglesia no es sinónimo de ser bueno. Puede, puede que haya personas que no vienen a la Iglesia y sean peores que nosotros, pero también puede que haya otros que no vienen y sean mejores. La bondad está relacionada con la intención de cada uno, con lo que sale del corazón y de nuestra mente y esto sólo lo sabemos Dios y yo. Lo que Jesús me pide es que yo sepa reconocer mis fallos, mis pecados, y este dispuesto a mejorar, aunque otra cosa sea que lo consiga o me quede a medio camino.

El evangelio de San Lucas nos describe otra de las apariciones de Jesús después de la resurrección, muy parecida, a que leímos el domingo pasado, con el apóstol Tomás como protagonista. En la misma,



vuelven a aparecer el escepticismo y la desconfianza de los discípulos ante la noticia de la resurrección.

¡No era posible!, “si no lo veo no lo creo”. Y de nuevo Jesús tienen

que dejarse tocar y ponerse a comer con ellos para desmotarles que no era un fantasma, que era verdad, que estaba vivo, como por otra parte, el mismo les había dicho tantas veces. Como a ellos, a nosotros también nos falta la convicción que nace de la experiencia de

haber sentido a Jesús a nuestro lado, nos falta la experiencia de haberlo vivido próximo, cercano, nos falta la experiencia personal, individual, de haber sentido cerca al Señor resucitado. Y me sobra toda la teoría sobre nuestra fe, todo lo que signifique religiosidad heredada, que sólo adquiere sentido cuando va acompañada de la experiencia personal.

Hoy las lecturas nos invitan a profundizar en nuestro descubrimiento de Jesús, en reflexionar sobre la realidad de nuestra fe, es decir que la misma no sea algo como añadido a mí, algo que no me interpela para nada, algo que sólo lo utilizo cuando me conviene o cuando me es útil. No, las lecturas nos animan a que nuestra fe sea algo fundamental en nuestra vida, sea la que oriente nuestro actuar, y determine nuestras decisiones.



De nuevo descubrimos que llevar a la práctica todo esto requiere esfuerzo y decisión. Por eso se lo pedimos al Señor, especialmente para nosotros, para los que estamos aquí. Se lo pedimos al tiempo que recordamos a las personas que queremos, y también a todos los que sufren, a los que están solos o enfermo.

Te puede interesar...

«Creo en Dios, pero no en la Iglesia». Claves para responder desde el amor y la verdad.

«Creo en Dios, pero no me gusta la Iglesia», «soy creyente pero no practicante», «la Iglesia me parece una institución que se ha quedado en el tiempo, yo creo en Dios, pero no me gusta cómo se manejan».

Este tipo de frases simbolizan el pensamiento de muchos jóvenes de hoy en todas partes. En la facultad, en el trabajo y hasta dentro de la propia familia. ¿Quién tiene que hacerse responsable de esto?, ¿existe solución alguna a esta problemática?

¿Somos nosotros los fieles los encargados de dar una imagen «buena» de la Iglesia y dar respuesta? Son muchas preguntas, pero la respuesta es muy sencilla: ¡por supuesto que sí!

Solo cuando comprendemos la labor tan importante que tenemos como discípulos, amigos y testigos de Cristo es cuando podemos accionar, escuchar, testimoniar.



¡Tenemos una gran misión como creyentes! Nosotros los cristianos tenemos encomendada una misión ¡tan bella y tan difícil a la vez! No puede suceder que, por una mala experiencia, una mala medida tomada institucionalmente, una mala forma de dirigirse a alguien o una mala actitud, haya gente que se aleje de la Iglesia.

Que pierda la esperanza, que crea que Dios es malo, soberbio y que su intención es la de hacernos sufrir. Porque definitivamente no es así. Por esta razón hay que tener cuidado: como cristianos no podemos

decir y hacer cualquier cosa, ¡somos los responsables de hacer que el nombre de Dios no se olvide!

Ahora, ¿qué es la Iglesia? ¿Es meramente una institución que «dicta leyes» y tiene jerarquía?, ¿o es algo mucho más grande? «Ayúdense mutuamente a llevar sus cargas, y así cumplirán la Ley de Cristo» (Gálatas, 6. 2).

A veces los jóvenes o adultos asocian la Iglesia con la mera estructura e institución y se olvidan de lo más importante: la Iglesia es el Pueblo de Dios. ¡La iglesia somos nosotros, la formamos entre todos!

Está bien acercarse a rezar al templo, está bien ir a misa, confesarse, por supuesto que sí, debemos hacerlo. Pero la Iglesia puede trasladarse... porque ser creyente no significa ir todos los domingos, rezar el rosario y nada más. Ser creyente es vivir el mismo estilo de vida que Jesús tuvo: el estilo de vida más genuino, sencillo y generoso que existió. Se es iglesia dentro y fuera de ella. Recordemos que somos bautizados y que creemos en Él. «Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Por ello eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de este pueblo, y santificándolo para sí...



Este pueblo mesiánico es para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra» (Mt 5,13- 16).

Los tres verbos más importantes: escuchar, aceptar, testimoniar. Para derribar este problema que atraviesa a muchos



jóvenes de hoy debemos hacer uso de tres verbos: escuchar, aceptar y testimoniar. Igual que Jesús escuchó las necesidades del prójimo, hizo silencio gran parte de su vida y estuvo al servicio de los demás, también tenemos que hacerlo nosotros.

— Es necesario preguntar y escuchar a la persona con la cual estamos hablando si tuvo malas experiencias dentro la Iglesia. Si tal vez se sintió mal ante una forma de hablar, o pasó algo en particular con alguien. Solamente si escuchamos al otro podemos dar una respuesta, podemos accionar, podemos ver cómo solucionarlo.

Tenemos que estar dispuestos a hacer silencio y a escuchar lo que la otra persona tiene para contarnos. Si Jesús escuchaba a sus apóstoles y a toda persona que aparecía en su camino, ¿por qué nosotros no hacemos lo mismo?

— En segundo lugar, aceptar. Hay que aceptar al otro y también aceptar que la Iglesia tuvo sus errores, ¡por supuesto que los tuvo! Tantas cosas dentro de los últimos siglos no siguieron lo que Dios más quería: amarlos a Él por encima de todo y al prójimo como a uno mismo.

Está bien reconocer los errores que se tiene porque solo así se puede mejorar, seguir, avanzar. Solo así se puede evangelizar en el momento presente. Entendamos a la Iglesia como Pueblo de Dios, pero también como una institución que necesita orden y tiene un funcionamiento como cualquier otra.

¡Nadie es perfecto! Vamos por una Iglesia más unida, que acepte y no divida.

— En tercer y último lugar, el testimonio. Qué bello es contar lo contemplado, compartir lo vivido, evangelizar con el ejemplo. No hay nada más hermoso que otra persona se acerque a Dios por medio de un gran testimonio.

«Quienes, con la ayuda de Dios, han acogido el llamamiento de Cristo y han respondido libremente a ella, se sienten por su parte urgidos por el amor de Cristo a anunciar por todas partes en el mundo la Buena Nueva.

Este tesoro recibido de los Apóstoles ha sido guardado fielmente por sus sucesores. Todos los fieles de Cristo son llamados a transmitirlo de generación en generación, anunciando la fe, viviéndola en la comunicación fraterna y celebrándola en la liturgia y en la oración» (Catecismo de la Iglesia Católica, Prólogo: I. Sección 3).



¿Y después qué? Luego de haber hecho silencio, escuchado y aceptado lo que el otro tiene para contarnos, los cristianos tenemos que compartir nuestra experiencia y comunicar de manera fraterna el Evangelio.

Antes de testimoniar es muy válido preguntarse cómo estamos viviendo y si nuestros actos tienen coherencia con lo que decimos. «Esto que voy a hacer, ¿lo haría Jesús, lo haría María?». Es hermoso saber que si nos desviamos del camino Dios siempre va a estar para perdonarnos, porque equivocarse es algo humano y nos va a pasar todo el tiempo.

Hagamos crecer esta familia. Solo después de haber escuchado, aceptado y testimoniado podemos invitar a la otra persona a la Iglesia. Pero no a la mera estructura, ojo, sino a vivir en gracia con Dios, a tener una amistad con Él, a vivir la experiencia de los sacramentos.



Jesús instituyó la Eucaristía 2000 años atrás para que sigamos comiendo de su cuerpo y bebiendo de su sangre. ¡Qué fuerte suena! Pero es así: Dios se entregó por nosotros y quiere vivir dentro de nosotros también, no dejemos que ninguna mala experiencia se interponga sobre eso.

Como conclusión, sabiendo que nuestro objetivo como cristianos es el apostolado, la misión que tenemos es clara y concisa: acrecentar esta gran familia que es la Iglesia. Aquí nos equivocamos, nos escuchamos, nos aceptamos, nos contamos las experiencias. Dios nos confió la misión de ser sus discípulos y si no testimoniamos lo que sucede nadie más lo va a hacer.

No porque seamos superiores o los mejores, sino porque al ser sus hijos (y amigos), somos los encargados de que el nombre de Dios no se olvide. No dejemos que nada se interponga entre la relación de una persona y Dios. Y cualquier cosa a mejorar siempre hay que decirla, no guardarla, solo así se avanza, solo así se evangeliza hoy. No dejemos pasar ni un día sin escuchar, sin aceptar y sin testimoniar. Para finalizar quiero recomendarte el curso online «Conocer a Jesús para vivir en Jesús». Puede ser de gran ayuda si es que tienes ganas de profundizar en el tema y entender mejor la figura de Cristo. ☺

Artículo elaborado por Camila Sirolli

Gracias

¡Agradecemos de todo corazón el apoyo que nos han brindado tanto en oración como en lo económico, Dios les pague!

PARROQUIA DE LA SAGRADA FAMILIA
QUERÉTARO, QRO. A.R.
DIÓCESIS DE QUERÉTARO

“ES PRECISO QUE
ÉL CREZCA
Y QUE YO
DISMINUYA”
JN 3, 30

CatholicLink

¿Te duele?
Tranquilo, es Dios haciéndote de nuevo

CatholicLink